

LA INFLUENCIA CERVANTINA EN LA NOVELA HISTÓRICA ROMÁNTICA ESPAÑOLA. NUEVAS APORTACIONES

Carlos Mata Induráin

Universidad de Navarra

1. Preliminar

Afirmar que Miguel de Cervantes influye poderosamente sobre toda la narrativa moderna es, sin duda alguna, decir hartos poco. En realidad, la producción narrativa del ingenio alcalaíno, y en particular su inmortal *Don Quijote de la Mancha*, inaugura el género de la novela moderna¹. Su influencia particular sobre la novela histórica de los años 30 y 40 de la pasada centuria ya ha sido destacada por algunos críticos, en especial por Ana Luisa Baquero Escudero, en su trabajo «Cervantes y la novela histórica romántica», y por Ermitas Penas, en «Discurso cervantino y novela histórica romántica»². Por consiguiente, remito a estos dos artículos para un comentario

- 1 Baste citar, de entre la inmensa bibliografía cervantina, el trabajo ya clásico de E. C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1962 (ed. revisada de 1990).
- 2 Los dos artículos están publicados en *Anales Cervantinos*, vol. XXIV, 1986, pp. 179-92, y vol.

general de las huellas y ecos cervantinos en los autores y las obras más importantes de ese periodo de nuestra historia literaria, a saber: *Los bandos de Castilla* (1830) de Ramón López Soler, *La conquista de Valencia por el Cid* (1831) de Estanislao de Cosca Vayo, *El doncel de don Enrique el Doliente* (1834) de Mariano José de Larra, *Sancho Saldaña o El castellano de Cuéllar* (1834) de José de Espronceda, *El golpe en vago* (1835) de José García de Villalta, *Ni rey ni Roque* (1835) de Patricio de la Escosura, *Cristianos y moriscos* (1838) de Serafín Estébanez Calderón y *El señor de Bemibre* (1844) de Enrique Gil y Carrasco.

Todos estos escritores tuvieron presente a Cervantes, y de forma especial el *Quijote*, a la hora de redactar sus narraciones. Sus lecturas cervantinas fueron asimiladas a veces de forma un tanto singular; de hecho, los autores románticos no siempre supieron captar plenamente todo el humor y toda la ironía que rezuma el genial autor tomado como modelo. En cualquier caso, la existencia de un sustrato cervantino, mejor o peor aprovechado, es innegable en las novelas citadas y en muchos otros títulos que forman el corpus de la novela histórica romántica española³.

En este trabajo voy a centrarme en la influencia de Cervantes y del *Quijote* en un escritor concreto, Francisco Navarro Villoslada (1818-1895), nacido y muerto en la ciudad navarra de Viana. Junto con Cánovas del Castillo, Castelar o Amós de Escalante, pertenece a una segunda generación de narradores del Romanticismo español que practica una novela histórica seria, con cuidadas reconstrucciones de las épocas rememoradas merced a sus notables esfuerzos de documentación. Además de literato, cultivador de los más diversos géneros, Navarro Villoslada tuvo una destacada participación en la vida pública española de la segunda mitad del siglo XIX, tanto en el campo del periodismo como en la arena política. Así, como periodista fue colaborador, fundador, director y hasta propietario de algunos de los más importantes periódicos de la época, destacando su papel al frente de *El Pensamiento Español*, entre 1860 y 1872, que fue uno de los más notables periódicos «neocatólicos» (y luego carlistas). Como político, figuró primero en las filas del partido moderado, pasando luego a convertirse en uno de los adalides de la causa carlista; resultó elegido diputado a Cortes por Navarra en tres ocasiones, fue Senador del reino por Barcelona y durante un tiempo ejerció como secretario personal del pretendiente al trono, don Carlos de Borbón y Austria-Este (Carlos VII⁴).

XXX, 1992, pp. 139-56, respectivamente.

- 3 Este corpus resulta mucho más interesante por la cantidad de obras generadas que por la calidad literaria de las mismas. Cfr. para el conjunto de la producción Juan Ignacio Ferreras, *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*, Madrid, Taurus, 1976.

2. Cervantes y la obra de Navarro Villoslada

Una mera lectura de las obras de Navarro Villoslada basta para detectar la influencia de Miguel de Cervantes, en particular en sus tres novelas históricas: *Doña Blanca de Navarra* (1846), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879). Esa influencia cervantina resulta patente, sin ir más lejos, en los ágiles y numerosos diálogos que articulan dichos relatos históricos, así como en los abundantes rasgos de humor o de burlona ironía de que el escritor navarro hace gala, por ejemplo, a la hora de titular sus capítulos de una forma que recuerda la del *Quijote*. Veamos algunos ejemplos de *Doña Blanca*: «De cómo Jimeno dio muchos pasos en balde para averiguar lo que irá sabiendo el curioso lector sin necesidad de mover un pie» (I, II); «Que está entre el sexto y el octavo, y no sirve para otra cosa» (I, VII); «De cómo Chafarote curaba la lepra por milagro a los que no la tenían» (II, III); «Cuéntase la historia de una ventana, y como esto no basta para llenar el capítulo, se refieren otras cosas» (II, V); «En que el autor se muestra conmovido sin venir a cuento» (II, VII); «Cuyo epígrafe no está en latín» (II, XII, pues el anterior se titulaba «*Extrema gaudii luctus occupat*»); o «Que se llama así por seguir al veintitrés» (II, XXIV⁵).

La influencia cervantina es bastante clara en su primera novela, *Doña Blanca de Navarra*⁶; por ejemplo, todo el capítulo I, VI en el que Jimeno, «noble y misterioso paladín», aparece como un quijotesco «desfacedor de entuertos» -así le llama el Conde de Lerín-, acompañado de su sanchopancesco escudero, Chafarote, acostum-

4 Para la biografía y la producción literaria completa de este autor puede consultarse mi libro *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995.

5 También en *Doña Urraca* hay títulos humorísticos: «De lo que vio y oyó Munima, que es ni más o menos lo que podrá ver y oír el que este capítulo leyere o escuchare» (II, III); «En que el paje Ramiro cuenta una historia que se omite, por cuya razón se habla de otra cosa» (II, VII); «Que es uno más en esta crónica y dondequiera que haya otra» (III, V); «De cómo el conde de Lara, que siempre estaba de sobra, no acudió al lado de la reina la única vez que hizo falta» (IV, III), aunque son más frecuentes los que encierran alguna ironía, que no se descubre hasta que confrontamos el título con el contenido: «Cómo el paje del obispo llegó a la corte de la reina, y del lecho que ésta mandó aderezarle» (I, IV; el lecho al que se refiere es el potro del tormento). En *Amaya* hay menos títulos humorísticos, aunque podemos consignar alguno: «De cómo se fue cada cual por su lado, excepto Lope, de quien no se cuenta que se moviera de su sitio» (I, II, V); «En que el autor hace dormir a sus personajes y quizá también a sus lectores» (I, III, III); «Donde se estira y prolonga por opuestos cabos la materia del capítulo anterior» (I, III, V); «Que sería el último si no le siguiesen otros» (II, III, XI).

6 Ya fue notada por Jon Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987, p. 120.

brado a comer y beber mucho, que no se librará de recibir una buena tanda de golpes. El joven se dirige a Sancho de Erviti con estas quijotescas palabras: «Os pido que digáis qué habéis hecho de Jimena, la villana de Mendavia, o sois conmigo en singular batalla»; tras un rápido combate, consigue liberar a la dama que aquellos «malandrines» llevaban prisionera. La palabra *malandrines* se repite con bastante frecuencia, lo mismo que el adjetivo *descomunal* («descomunales aventuras», «descomunal espada», «manera descomunal», «vigor descomunal», «descomunales proezas», «lo descomunal y feo de mi talante», «bultos descomunales»). Otros pequeños detalles: la villana con la que vive doña Blanca en Mendavia se llama Aldonza; se alude a las bodas de Camacho; y se introducen expresiones con cierto sabor cervantino: «La de terciá sería, cuando a la puerta...»; «cepos quedos [...] y peor es meneallo».

También en *Doña Urraca* hay expresiones similares: «señora de sus pensamientos», «pícaro malandrín», «hidalgo malandrín», «follones y malandrines», «lucha descomunal», «¡Oh! ¡Hi de tal, y qué garrida doncella es la Munima!», «cepos quedos y no hacer disparates» (además, en el «Prólogo» se menciona el episodio de don Quijote en la cueva de Montesinos). En *Amaya*, encontramos el uso repetido del adjetivo *descomunal* («descomunal poder», «descomunales aventuras», «descomunales voces», «hachazos descomunales», «descomunales golpes»); a Miguel de Goñi, a sus noventa años, no le falta en la boca «ni uno solo de aquellos huesos que don Quijote comparaba a las ruedas de molino»; cuando García y Echeverría comentan que el principal enemigo de los vascos puede ser su excesiva confianza, el guerrillero de las Dos Hermanas reconoce: «Algo hay de eso», y García le replica: «Y aun algos, amigo mío». La propia hospitalidad de los vascos y sus pantagruélicas comidas recuerdan el citado episodio de las bodas de Camacho.

En otros apartados de la producción del escritor navarro se detecta también la huella de Cervantes: baste recordar su artículo periodístico «La familia en España», o el trabajo costumbrista «Un hidalgo», inédito, donde menciona a don Diego Miranda, el Caballero del Verde Gabán, personaje muy de su gusto porque venía a representar, no tanto el ideal de vida retirada en una «dorada medianía», sino especialmente un modelo de ordenada vida cristiana. Y por si todo lo apuntado no fuera suficiente, podemos acudir también al testimonio de su hija, doña Petra Navarro Villoslada, quien, en unas notas manuscritas redactadas para la biografía del Padre Goy, dejó escrito: «Todos los días leía algún trozo de los españoles; el *Quijote* lo tenía siempre en su mesa de noche.» En efecto, puede afirmarse que el *Quijote* y la *Imitación de la vida de Cristo*, de Kempis, fueron los dos grandes libros de cabecera del ilustre vianés, sus modelos: uno para la práctica literaria y otro para el comportamiento moral.

A continuación me propongo rastrear la presencia cervantina en el *Pedro Ramí-*

rez, un proyecto narrativo inédito de Navarro Villoslada que se conserva en su archivo⁷. Esta obra, inacabada pero muy interesante, engloba tres novelas históricas ambientadas en tiempos de los Reyes Católicos: *Doña Toda de Larrea o La madre de la Excelenta*⁸; *El cuadrillero de la Santa Hermandad o Los bandos de Vitoria*; y *El hijo del Fuerte o Los bandos de Navarra*. Fue un proyecto narrativo en el que trabajó el de Viana durante de varios años, pero que no pudo culminar por la generosa entrega, a lo largo de su azarosa vida, a otras dedicaciones públicas como la política y el periodismo⁹.

3. La influencia del *Quijote* en *Pedro Ramírez*

Ordenaré mis comentarios en tres apartados, que corresponden a otros tantos planos de influencia: el estructural, el temático-ideológico y el expresivo¹⁰.

3.1. Plano estructural

El aspecto más visible de la influencia cervantina lo constituye la inclusión en este proyecto de un personaje, Pedro Ramírez¹¹, que resulta asimilable a don Quijote, tanto por su caracterización interior (idealismo, traducido en un comportamiento caballeresco), como por los personajes que le rodean y conforman su «mundo» más cercano: 1) un compañero que le acompaña siempre, circunstancia que permite la continua introducción de diálogos que estructuran el relato; 2) un viejo matalón que le guía hacia sus aventuras; y 3) una «dama de sus pensamientos» a la que amar idealmente. No quiero indicar con esto que los personajes que aparecen en el *Pedro Ramírez* sean trasuntos totales de, respectivamente, Sancho Panza, Rocinante y Dul-

7 El archivo de Navarro Villoslada era conservado por sus bisnietos, los Sres. Sendín Pérez-Villamil, en Burgos y en Madrid, hasta que en 1995, coincidiendo con la conmemoración del Centenario de la muerte del escritor, decidieron generosamente donarlo a la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra, donde se custodia en la actualidad.

8 Esta novela ha sido publicada en 1998 por la editorial Castalia.

9 Ofrezco más detalles sobre este proyecto narrativo en «Dos novelas históricas inéditas de Navarro Villoslada: *Doña Toda de Larrea* y *El hijo del Fuerte*», en I. Arellano y C. Mata Induráin (eds.), *Actas del Congreso Internacional sobre la Novela Histórica*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, pp. 241-57.

10 En este apartado aprovecho algunas ideas ya expuestas en mi artículo «Cervantes y Navarro Villoslada. Reminiscencias quijotesas en el *Pedro Ramírez*», publicado en *Pregón Siglo XXI*, núm. 10, Navidad de 1997, pp. 63-66. He utilizado la edición del *Quijote* de Vicente Gaos, Madrid, Gredos, 1987, tres vols., si bien citaré por parte y número de capítulo, no por páginas.

11 El personaje aparece en las tres novelas, de ahí que su nombre sirva para englobarlas bajo el epígrafe común de *Pedro Ramírez*.

cinea, pero sí que se incluyen con funciones semejantes. Examinémoslo con algo más de detenimiento.

El comportamiento caballeresco de Pedro Ramírez no se traduce, como en el *Quijote*, en una sucesión de lances y aventuras. Su deseo máximo no será desfacer entuertos socorriendo a doncellas menesterosas y personajes desvalidos, pero sí entrar al servicio de la reina doña Isabel la Católica y acometer las misiones que se le ordenen. Igualmente, si don Quijote se enamora idealmente de Aldonza-Dulcinea, el joven Ramírez se prenderá de la belleza de doña Toda, y mantendrá siempre un trato galante con las damas. Por ejemplo, en *Doña Toda de Larrea* se dirige a la dama bilbaína con este parlamento de tono quijotesco: «Yo siento en el alma, señora, haber llegado a tan hermosa villa con tan mal pie que mis primeras razones hayan podido ser ocasión, aunque inocente, de disgusto a dama tan principal y tan bizarra, y sólo deseo emplearme en su servicio para desagraviarla.» En *El hijo del Fuerte*, la criada de la Duquesa de Valentinois le indica: «Esta señora no se atreve a pedirnos un favor, pero yo, confiada en vuestra amabilidad, no tengo en ello el menor empaño»; a lo que responde el joven: «Y hacéis muy bien, señora, porque yo nada de lo que esté a mi alcance puedo negaros.» Este tipo de réplicas en las que rebosa la suma cortesanía remite, de forma clara, al *Quijote*.

Otra circunstancia que permite comparar a Pedro Ramírez con don Quijote es la ironía con que, en ocasiones, es contemplado por el narrador. En *El hijo del Fuerte*, la duquesa le da el tratamiento de *caballero*; y también antes el narrador lo ha designado como *caballero*, no porque esa sea su categoría social (es hidalgo), sino porque iba *caballero* en el jaco de su tío (es decir, el narrador emplea la voz como sinónimo de 'jinete', de ahí la ironía). El mero hecho de recibir un tratamiento superior a la categoría social que en realidad le corresponde le identifica también con el inmortal personaje cervantino, el cual, siendo el hidalgo Alonso Quijano, quiso creerse el caballero don Quijote de la Mancha.

Respecto al compañero de andanzas, en *Doña Toda de Larrea* será el hidalgo Rodrigo de Quincoces, mientras que en *El cuadrillero de la Santa Hermandad* encontraremos a Ginés del Río¹². En esta segunda novela, la oposición se establece

12 Por cierto, el nombre de Ginés del Río recuerda el de Ginés de Pasamonte, uno de los galeotes liberados por don Quijote (I, 22), que reaparece en II, 25 como maese Pedro. A su vez, la dueña Giménez, que sirve en casa del bachiller Guevara, parece una reminiscencia de la dueña Rodríguez que figura en *Quijote*, II, 31. En cuanto al propio título de *El cuadrillero de la Santa Hermandad*, recordemos que los cuadrilleros son mencionados e intervienen varias veces en la novela cervantina (temor de Sancho tras la liberación de los galeotes en I, 22, el ventero Juan Palomeque en I, 45, etc.).

entre amo y criado, en tanto que en la primera se plantea en los términos hidalgo joven (ingenuo e impulsivo) vs. hidalgo viejo (maduro y prudente). Estos dos personajes, Quincoces y Ginés, guardan relación con Sancho Panza, no en su caracterización física o moral¹³, sino por la importancia funcional que adquiere su presencia junto al héroe protagonista, permitiendo la construcción de la novela, cuya acción avanza y se desarrolla, en buena medida, merced al diálogo entre ellos entablado. La coincidencia es más de detalle cuando, en un determinado momento de *El cuadrillero*, Pedro Ramírez se cansa de la palabrería de su criado y le ordena callar, pero para reconocer enseguida que «lo más sencillo es dejarte charlar cuanto y como quieras». También don Quijote, enfadado por las burlas de Sancho tras la aventura de los batanes, le impone silencio («Y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo», I, 20); Sancho promete no desplegar los labios «para hacer donaire de las cosas de vuestra merced», pero ya en el capítulo siguiente se queja de ese «áspero mandamiento del silencio» y su señor, don Quijote, a la fuerza, tiene que levantarle la prohibición de hablar.

Pedro Ramírez aparece montando un viejo matalón (un «rocinante», se le llama) que inevitablemente recuerda al del hidalgo manchego. En la primera descripción del personaje se nos indica que «mostraba ser un hidalgo solariego de regular hacienda». Sin embargo, el narrador matiza a continuación, jugando con los diversos significados de la palabra *falta*:

Algo, sin embargo, le hacía rebajar de ese concepto la falta de paje o de escudero, amén de la del caballo, al que podían sacársele más que en juego de pelota. Harto impaciente, inconsiderado o presuroso, espoleábale el jinete con frecuencia; pero el pobre matalón, tendiendo el pescuezo y la cabeza, ya que no las piernas, casi en línea horizontal y agachando las orejas, aparentaba hacer conatos de galope, para volver a un trotecillo calesero, propio para sacudir los hipocondrios y aun para hacer jigote de las demás entrañas, a un soldado aventurero, escribano o corchete que las tuvieran. Bien es verdad que a poco que se prolongase el intervalo de un espolazo a otro, cansado sin duda el rocín de atormentar al caballero, iba retrogradando hasta tomar un paso que no podía llamarse de andadura, pues al parecer podría servir para todo menos para andar. En sus apuros, allá cuando las implacables y aceradas piernas del jinete caían sobre sus ijares como palillos sobre el parche en un redoble, el pobre viejo sacaba del hondo una tos seca y prolongada, capaz de mover a compasión al más desalmado. Pero el hidalgo, fuese por distrac-

13 La presencia de escuderos parlanchines, buenos amigos del comer y del beber en abundancia, es bastante tónica en la novela histórica romántica española. Sirva como ejemplo Chafarote, el ya mencionado escudero de don Jimeno en *Doña Blanca de Navarra*.

ción o por conocer sus marrullerías, se ponía a cantar seguidillas con voz tan robusta, hija de un pecho tan sano, que quien la poseía era imposible que se acordase de que había catarros y asma en el mundo.

La cita es larga, pero creo que interesante, por la humorística descripción del tardo paso del caballo y de su relación con el jinete. Cervantes, por su parte, en *Quijote*, I, 52 (aventura de los disciplinantes) comentaba que «carrera tirada no se lee en esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante». En fin, el mal caballejo de Pedro Ramírez muestra la misma querencia por la cebada y el descanso en la cuadra de la casa del bachiller Guevara que Rocinante en las distintas ventas del camino.

Algunas coincidencias se refieren a detalles concretos en la técnica constructiva de la novela. Por ejemplo, cuando en *Doña Toda* Rodrigo de Quincoces hace una visita a la dama, apostilla el narrador: «Pero no tema el lector que con motivo de la llegada de Quincoces y su criado a casa de la de Larrea voy a darles una descripción completa de este edificio, comenzando por el zaguán y acabando por las boardillas. Cumple tan sólo a mi propósito observar que, a pesar de la antigüedad de la casa, tenía un aspecto de nueva y retocada.» Esta «pereza» del narrador que escamotea alguna descripción al lector es un cliché tópico en la novela decimonónica, y en particular en la histórico-romántica. Pero este caso concreto tal vez pueda relacionarse con otro similar que encontramos en Cervantes, si bien en un plano más complejo, cuando el narrador alude al historiador morisco Cide Hamete Benengeli a propósito de la casa del Caballero del Verde Gabán: «Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ella qué contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia; la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones» (*Quijote*, II, 18).

3.2. Plano temático-ideológico.

La crítica cervantina ha señalado tres núcleos temáticos principales en el *Quijote*: 1) el tema literario (parodia de los libros de caballerías y opiniones sobre otros géneros); 2) el tema amoroso (don Quijote-Dulcinea, y las historias intercaladas); y 3) el caballeresco (las diversas aventuras protagonizadas por el hidalgo manchego). Pues bien, esos tres mismos núcleos temáticos están presentes en el proyecto del *Pedro Ramírez* de Navarro Villoslada: el literario, en torno a la figura del hiperculto y ridículo bachiller Guevara (su pedante erudición de citas latinas, la redacción de la carta de presentación para don Gutierre de Cárdenas); el amoroso, porque los enamoramientos y el desarrollo de esas relaciones sentimentales acaparan buena parte de las tramas de las tres novelas inéditas del escritor navarro; y, en fin, el caballeresco, que aquí no se manifiesta en aventuras ridículas -quijotescas-, pero sí en otras de tono

galante y cortesano o bien bélico (en el contexto de las guerras de bandos vizcaínos, vitorianos o navarros del siglo XV, en que se ambientan las tres novelas).

Además, podrían señalarse ciertas concomitancias en el tratamiento concreto de algunos temas: así, la idea de que la verdadera nobleza la proporcionan las obras nobles, no la sangre y el mero nacimiento. En el *Quijote* esa es una de las ideas centrales, junto a la consideración de que cada persona es artífice de su propio destino. El de Viana, por su parte, escribirá: «Si la nobleza tiene algún valor real es precisamente porque las virtudes y heroicos hechos de nuestros antepasados nos estimulan y obligan a imitarlos» (de esta forma amonesta el cura don Martín a su sobrino Pedro Ramírez cuando decide abandonar la carrera eclesiástica para dedicarse al ejercicio de las armas, igual que don Quijote ofrece algunos consejos prácticos al bueno de Sancho antes de su partida para el gobierno de la ínsula Barataria).

En relación con esto último, otra coincidencia temática sería el planteamiento de la dicotomía de «las armas y las letras». Cervantes, en boca de su inmortal personaje, expresa en I, 18 que «nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza»; en I, 37: «Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas; que les diré, y sean quien fueren, que no saben lo que dicen»; ideas semejantes desarrolla en el final de ese capítulo y en buena parte del I, 38, «Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras»; y en II, 6 señala: «Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro, el de las armas. Yo tengo más de armas que de letras...». Pues bien, la misma inclinación por las armas manifestará el impetuoso Pedro Ramírez, en tanto que el mundo de las letras estará representado por el ya aludido bachiller Guevara, quien no se olvidará de mencionar, en *El cuadrillero*, el conocido adagio ciceroniano «Cedant arma togae.»

3.3. Plano de la expresión.

Es en el nivel de la expresión donde se producen las coincidencias más claras y más fáciles de detectar. Por un lado, encontramos en el *Pedro Ramírez* diversos giros y expresiones como *cepos quedos*, *¡Cuerpo de mí!, para mi santiguada* tomados muy probablemente de la novela cervantina. Además, todo el discurso, tanto del narrador como de los personajes, está esmaltado de refranes y frases hechas («echar la cuenta sin la huésped» o «no os arriendo la ganancia» se cuentan entre las favoritas de Navarro Villoslada) de idéntica procedencia. Un adjetivo como *descomunal* "fuera de lo común" («gritos descomunales», «descomunal valor y fortaleza», escribe Navarro Villoslada), sin ser privativo de Cervantes, remite claramente al *Quijote*, donde se repite con cierta frecuencia: «gente descomunal y soberbia» (I, 4), «gente endiablada y descomunal» (I, 8), «descomunal y nunca vista batalla» (título de II, 56). Lo mismo sucede con el adjetivo *desaforado* («voces desaforadas», o el adver-

bio *desaforadamente*) y con el sustantivo *malandrines* («algún falsario malandrín»), expresiones de claro sabor cervantino. Igualmente, el sintagma vocativo «Ginés hermano» con que Ramírez se dirige a su criado recuerda el «hermano Panza», el «hermano Sancho» o fórmulas similares usadas a veces por don Quijote¹⁴. Cuando Navarro Villoslada habla de «cierto aroma sustancioso y confortativo» que salía de la cocina del bachiller Guevara, inmediatamente nos viene a la memoria el pasaje del *Quijote*, II, 1: «Pero no por eso dejaron de visitar [el cura y el barbero] a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura.»

Otra coincidencia notable la constituye la entrada en el discurso de los personajes de prevaricaciones idiomáticas: inolvidables son algunas de las numerosas de Sancho Panza, «prevaricador del buen lenguaje», en el *Quijote*: *feo Blas* por *Fierabrás* (I, 15), *sobajada* por *soberana* (I, 26), *flemáticos* por *cismáticos* (I, 32), *cananeas* por *hacaneas* (II, 10), *tortolicas* por *trogloditas*, *estropajos* por *antropófagos*, etc. Cuando Pedro Ramírez pregunta a Quincoces si ha leído los *Metamorfóseos* (forma masculina desusada, por *metamorfosis*, que por cierto se reitera en el libro cervantino), el hidalgo anciano no capta la referencia a la obra de Ovidio, sino que entiende la palabra *adefesios*, que suena parecido. En otra ocasión se habla de la figura retórica llamada *pleonismo*, y la dueña del bachiller Guevara comenta: «Asnos se me figura haber oído.»

La fina ironía y el buen humor son característicos de la narrativa de Navarro Villoslada. En buena medida, esa ironía y ese humor son de raigambre cervantina. Por ejemplo, el empleo del mal castellano hablado por personajes vascoparlantes: si en el *Quijote* asistimos al episodio del vizcaíno y sus mal trabadas razones, en *Doña Toda* un pescador bilbaíno rechaza cierta recompensa de Pedro Ramírez con estas palabras: «Noticias traes, que vizcaínos para, más que vale plata.» Consideremos otro ejemplo. En *El cuadrillero*, el joven recibe un anillo de la dama que le enamora y, pese a su penuria económica, exclama: «No me desharé yo de esta sortija por todos los excelentes y excelentísimos del mundo.» El empleo humorístico del sufijo superlativo en *-ísimo* recuerda un célebre pasaje del *Quijote* en que Sancho, tras la intervención de la dueña Dolorida (que usa las formas *cuitísima*, *Manchísima*...) introduce muchos otros superlativos cómicos, aplicando también el sufijo a adjetivos,

14 Otro adjetivo, *desamorado* («Creo a Mencía tan discreta y tan hermosa que pueda infundir discreción al necio y amor al más frío y desamorado»), apunta también al *Quijote*, pero esta vez al de Avellaneda, quien en su continuación apócrifa de la obra cervantina, hizo que don Quijote se presentase como «el Caballero Desamorado».

a sustantivos e incluso a un verbo: «El Panza [...] aquí está, y el don Quijotísimo asimismo; y así podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieridísimis, que todos estamos prestos y aparejadísimos a ser vuestros servidorísimos» (II, 38). Siguiendo con las creaciones morfológicas, es sabido que Cervantes gusta de los adjetivos en *-il*: en el *Quijote* encontramos *venteril*, *escuderil*, *condesil*, *bosqueril*, *juventiles*, *cencerril*..., creaciones no exentas de cierto tono jocosos. Pues bien, en el *Pedro Ramírez* se habla de «una curiosidad más que mujeril» y de un «idioma dueñil».

En fin, Navarro Villoslada incluye en la versión de *El cuadrillero de la Santa Hermandad* tres referencias clásicas relacionadas con la pedante erudición del bachiller Guevara. Es cierto que pudo conocerlas por otras vías, pero no deja de resultar curioso que las tres las localicemos en distintos pasajes del *Quijote*: una es la frase de Horacio, *Arte Poética*, 359, «*aliquando bonus dormitat Homerus*», recogida en *Quijote*, II, 3, en boca del bachiller Sansón Carrasco: «que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren [los censores] lo mucho que estuvo despierto». La segunda es el proverbio latino «*Amicus Plato, sed magis amica veritas*», que pasó al refranero español bajo la forma «Amigo Pedro, amigo Juan; pero más amiga es la verdad»; podemos leerla en *Quijote*, II, 51, en la «Carta de don Quijote de la Mancha a Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria»: «*Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígoteste este latín porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido.» Por último, la expresión «*Fugite, partes adversae*», que es usada en los exorcismos de la Iglesia; en *Quijote*, II, 62, en el sarao en casa de don Antonio en Barcelona, dos damiselas requiebran al hidalgo manchego, que las rechaza así: «*Fugite, partes adversae*! Dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos.»

4. Final

Creo que lo apuntado basta para demostrar la influencia de la inmortal obra cervantina en el novelar de Navarro Villoslada, en concreto, en su proyecto narrativo del *Pedro Ramírez*. Por supuesto, no se trata de comparar la calidad artística o la eficacia narrativa de uno y otro. Algunas de las coincidencias anotadas se refieren a detalles estilísticos concretos, esto es, lo más externo y de más fácil imitación (todo lo apuntado a propósito del nivel de la expresión). En cambio, otras concomitancias estructurales tienen un mayor calado, son más profundas. Sea como fuere, unas y otras vienen a confirmar la asimilación de la lectura del *Quijote*, en grado notable, por parte del escritor de Viana; o dicho de otro modo, ponen de manifiesto cierta relación, innegable, entre Cervantes, creador de la novela moderna, y Navarro Villoslada, primer novelista navarro en el orden cronológico.